OPINIÓN



DESDE LA FRONTERA
JESÚS PÉREZ CABALLERO

Seguimiento imaginario a un tambo

Ocurrió hace una década, según un técnico en seguridad e higiene de una empresa de la matamorense Ciudad Industrial. Huercos se acercaron a los guardias de la planta, para pedirles prestados cargadores de radios. Entonces, se percataron de los tambos de metal (200 litros de capacidad). Tambo (del quechua tampu, establo, depósito o posada, según recopila Philip Jacobs, en su web runasimi.de) es también cárcel en México (en España, "¡al bote!" es "¡a la cárcel!"), aunque lo probable es que los tambos de esta columna vengan de la acepción once de "tambor", recipiente cilíndrico y metálico para almacenar materiales.

De buenas maneras, los huercos exigieron tambos. El jefe de seguridad preguntó a sus superiores. Durante el par de días que el gerente tardó en responder, los huercos presionaban: Rondines, parqueamientos en el estacionamiento de la planta. Al final, les dieron diez tambos: Pasaron a ser tamberos.

La empresa corroboró con otras: No era un caso aislado. Para seguir pidiendo su materia prima (pintura) cambiaron el metal por el plástico; los tamberos se disiparon. Sin embargo, recibieron una treintena de tambos. ¿Para qué? En puertas de casas matamorenses vemos estos recipientes -principalmente de Gulf Oil-, donde recoger basura u hojarasca. Demasiado riesgo correrían los tamberos para tal función o para una reventa. También son idóneos para cocinar drogas sintéticas; pero, de usos, hay otros.

C.M. Valdés (La gente del mezquite, 2017, p. 72) narra cacerías, siglos atrás, por el septentrión novohispano. Los tamberos -estas no son analogías: Son rescoldos-, alistan armas, acechan lugares y horarios fijos, a veces "trantraneando", pero con constancia inexorable sobre la presa. "Un bisonte pesa entre 400 y 600 kilogramos, en canal (sin cuernos y vísceras) pesaría 288 kilogramos, en tasajo quedarían de 130 a 140 kilogramos", certifica Valdés. Un individuo medio pesa entre 62-80 kilogramos (contando que los tamberos priman varones adultos, de entre veinte y cincuenta años), y su destazamiento y licuado desciende su peso hasta la única nada. El tambo, en una casa con perímetro de silencio -por abandono o semiabandono; blindaje por paredes u hombres; o perímetro mental: Orejas convencidas, orejas indiferentes-. El cuchillo, forjado al rojo vivo, templado al agua. Malograrlo lo vuelve quebradizo, como cristal; no cortar bien hace que algo sobresalga, aunque el dieselito lo nivela al cuerpo seminclinado e incapaz, ya dentro del tambo, de estirar los brazos en cruz. Después, el contenido a la brecha, sin ayuda de diablo ni de sus diablitos, a la tierra, sin sal, sin chile de monte. Todos restos de minerales y calcio, arena sin reloj. Herman Gombiner -personaje del cuento El escritor de cartas, del yidis Isaac Bashevis Singer-, en su convalescencia, soñaba con un desastrado barbón que "arrancaba extremidades como si fueran raíces podridas": Restos de dizque maldad, como si los tambos, en vez de ropa, tuvieran réspedes (la lengua de la culebra o de la víbora, el aguijón de la abeja); en vez de uñas, pezuñas. Desdibujados en tautología oscura: "Les sucedió por ser ellos", cuando, en realidad, escribo sobre ellos por haberles sucedido.

Alguien cercano, exenfermera del IMSS, me contaba que para empaquetar las tripas durante las operaciones, usaban gasas y las sobrantes (frecuentemente, cuatro de seis), aun intactas, se desechaban (ella acumuló decenas como trapos de cocina). Si hay un error y una gasa queda dentro, podría formar un textiloma, un tumor conformado por la tela (por eso las gasas llevan adheridas un plástico verde con metal, radio opaco a una radiografía). La gasa tumoral forma figuras, como panales de abeja o migas de pan (Silva-Carmona et al., Textiloma que se presenta como una masa abdominal: presentación de un caso y revisión bibliográfica, 2014). Regreso: ¿Qué textilomas sociales tejen y destejen, y qué raíces filosóficas arrancan los tamberos y sus similares?





COSAS DE MI PUEBLO Y DEL OTRO LADO
ADOLFO MONDRAGÓN

¿Por qué no entendemos?

¿Qué más tendrá que pasar para que entendamos que la Covid-19 es una enfermedad mortal? ¿Cuántos muertos más nos harán reaccionar y comprender la gravedad de la situación que estamos viviendo? Las autoridades ya no encuentran la manera en que respetemos las medidas de contingencia que nos han indicado y son tan simples como guardar la sana distancia, no acudir a lugares congestionados y obviamente no congestionar nosotros mismos los espacios cerrados, usar el cubrebocas de forma adecuada y lavarse las manos muchas veces al día por al menos 20 segundos continuos. No es nada que no podamos hacer, no nos están pidiendo grandes esfuerzos o sacrificios.

Si estas medidas tan simples no somos capaces de cumplir, entonces ya no hay nada más por hacer. Es triste ver a la gente amontonándose para entrar a alguna tienda, a comprar, ¿qué nos puede hacer falta ante esta situación? ¿Para qué queremos comprar ropa nueva si ni siquiera la podemos usar? Nada de esto tiene el menor sentido, salimos por salir, compramos por comprar, nos conglomeramos por el simple gusto de estar juntos, sin entender que no es el momento. Igual festejamos el día de dar gracias y en lugar de darle gracias a Dios, no juntándonos con nadie, convocamos a la familia y amigos, exponiendo a todos a un contagio. Nadie puede adivinar si alguien es asintomático, pero sí es contagiante.

En ambos Laredos, nuestros queridos pueblos, estamos viviendo una segunda oleada más intensa que la primera, las muertes se suceden todos los días, cada vez en gente más cercana, incluso familiares y todo por nuestra propia imprudencia, por nuestra negligencia y desobediencia. No podemos seguir pensando, "no pasa nada". Sí pasa y pasa la muerte y sólo cuando nos pasa en algún familiar, entonces y sólo entonces, aceptamos que sí pasa y que debíamos de habernos cuidado como se nos ha indicado. NO SALGAS DE CASA si no tienes una verdadera necesidad, no inventemos necesidades que no tenemos, sólo lo esencial y es muy poco. Pensemos que hay mucha gente que si no sale a trabajar no come, así de simple, dejémosle el espacio público a esa gente.

No es fácil permanecer en casa, encerrados, confinados, nos sentimos como presos de nuestro propio hogar; sin embargo, debemos dar gracias a Dios, en primer lugar, que tenemos una casa, en segundo lugar, que estamos sanos, que no nos hemos contagiado y no salir a buscar la enfermedad. Poder permanecer en la seguridad de la casa es una maravilla, es el producto de nuestro trabajo y esfuerzo, es el lugar donde vivimos y convivimos con nuestros seres queridos, la casa es el templo familiar, es una gran bendición tenerla y en ese tenor debemos aprender a disfrutar estar en ella. Aprovechemos la oportunidad que esta pandemia nos ofrece de aprender a disfrutar y valorar nuestra casa.

Son sólo tres recomendaciones, tres cosas las necesarias si es que tenemos una verdadera necesidad de salir, para mantenernos libres de contagio: usar adecuada y correctamente el cubrebocas, o sea que cubra también la nariz, esto es indispensable; la otra es guardar la sana distancia, dos metros de persona a persona y lavado frecuente de manos, esto con el fin de librarnos del más mínimo contacto con algún espacio contaminado. Si no podemos lavarnos las manos con la frecuencia recomendada, usemos el gel antibacteriano de alcohol al 70% como mínimo. Nada de esto es imposible de realizar, si me cuido yo, te cuido a ti.

Es importante, aunque alguna gente se moleste, recordarles el cumplimiento de estas sencillas normas de convivencia. El humano es por naturaleza solidario, nos gusta ayudarnos entre sí, es parte de nuestra esencia y naturaleza, es tiempo de poner en práctica esta característica humana. Ya no podemos esperar más, ya no podemos tener más muertos, el próximo puedo ser yo.

Gracias amble lector por la gentileza de su atención, una disculpa por seguir insistiendo en el tema de la Covid-19, pero el panorama es aterrador. Le deseo un fin de semana cálido y familiar.

SENTIR CÍVICO
ÁLVARO MORALES GARCÍA

La sumisión del Congreso en Tamaulipas

La colusión y sumisión de los diputados locales panistas y sus aliados en Tamaulipas ha sido evidente y sin margen de discusión. Su labor no ha sido proteger a la ciudadanía sino al Gobernador, seguir sus órdenes, repetir sus palabras, defender al indefendible. Las veces que han tocado la máxima tribuna del Estado ha sido, en su mayoría, para excusar el manto de dudas que envuelve al ineficiente y corrupto gobierno estatal.

Por ejemplo, los diputados de Morena han propuesto la revocación de mandato, acciones de austeridad, modernización del transporte público, iniciativas todas que no dejan lugar a dudas que beneficiarían y empoderarían al pueblo. Sin embargo, ante lo ilógico que podría sonar, los diputados del PAN y sus aliados han votado en contra. Y esto es sólo para decir unas cuantas iniciativas.

No les importa el pueblo, sólo la apariencia de hacerlo. Les importa el poder, el dinero, todo lo que viene acompañado de la sumisión absoluta al ejecutivo estatal. No les importa modernizar el transporte público ni endeudar a la gente, ni la transparencia. No les importa si en el script que reciben antes de sesión dice que no debe importarles. No les importa si las instrucciones que les dan dicen que eso no es importante, sino hablar de temas federales que no les incumben a sus labores, pero sirven para desviar la atención.

A los diputados locales del PAN y sus aliados no les interesa si Cabeza de Vaca tiene investigaciones abiertas por corrupción, ni la sospecha de bienes obtenidos con recursos ilícitos, ni si sus cuentas son congeladas. No les importa salvo que les instruyan que debe de importarles para defensa del propio Gobernador. No les importa porque son empleados de facto de él, sólo por simulación dicen ser del pueblo.

La insensatez, el cinismo, la incongruencia es lo que une a los diputados panistas y sus aliados, como aquellos del PRI. No el amor por su Estado o sus representados. El Congreso del Estado se ha convertido en portavoz de los designios del ejecutivo, perdiendo su autonomía y su valor. Los diputados locales panistas y sus aliados se han convertido en títeres de un poder que envilece lo que toca, que corrompe y se apropia de la voluntad de ellos.

La realidad es visible, imposible de cubrirse con ese manto de opacidad que rodea al gobierno estatal. Por más que repitan las mentiras, por más que circule dinero para medios de comunicación y pasquines, por más videos en redes sociales en donde repitan lo mismo

hasta el hartazgo, han vendido sus conciencias, su dignidad y sus principios. Pero lo más doloroso es que, cegados por la soberbia, vanidad o sed de poder, han vendido también a su propia gente, a su pueblo.

La oposición de verdad debe triunfar en las próximas elecciones. No por afán político, sino por necesidad de recuperar el poder del pueblo, la dignidad del Congreso y la libertad de Tamaulipas. Deben triunfar los principios e ideales apegados a la gente, para servir a la gente, y para poner un freno al control desmedido de la corrupta mano del gobierno del Estado. Las bases de esa lucha ya se han puesto y deben continuar creciendo.